

REFLECTION'S

Xabier Galarreta



© Marjinalia Bilduma

Lege-Gordailua: SS-1438/03

Los textos reunidos en este libro están sacados del libro titulado “Iruzkinak eta gogoeta txikiak”, del mismo autor y publicado también en esta misma colección. Dicho libro, como su título en euskara indica, es un compendio de comentarios y reflexiones, no triviales pero tampoco en exceso profundas, algo así como aquellos pensamientos e ideas que a todos se nos van ocurriendo a lo largo de los días y que responden a muchos y diferentes estímulos (libros que hemos leído, películas que hemos visto, hechos acaecidos que nos han impresionado o llamado la atención,...). Sin embargo, los textos que aquí se presentan vendrían a constituir el pensamiento más abstracto y tal vez más poético e intelectual del libro. Es un pensamiento propio de civilización francesa. Y nunca mejor dicho, puesto que el autor ha hecho pasar la mayor parte de dichos pensamientos por el cedazo de *su lengua francesa* (dicho sea en cursiva). En realidad, ningún escritor escribe aquello que realmente desea escribir, sino aquello que es capaz de escribir en el idioma en que lo piensa. Ni siquiera ahí somos libres; el idioma nos encadena, determina nuestro pensamiento. Y nuestra libertad de pensamiento no acaba siendo sino una mera paradoja del idioma. Claro que... ¿y a quién le importa? «Si te gusta sufrir, sufre; y si te gusta gozar, goza». Y es que no hay nada más epicúreo que el pensamiento alquilado a un idioma. Casi podría afirmarse que es puro fetichismo (al que tanta devoción ha sentido desde siempre, discretamente, el autor).

Nos reímos de los miedos de los niños cuando en realidad lo que hacemos con ello es ocultarnos a nosotros mismos nuestros propios miedos.

Siempre esa incompreensión hacia todo lo que no seamos nosotros mismos; como si la fortuna de ser dependiera de otra circunstancia ajena a la propia personalidad y al propio instante en que decidimos ser nosotros. Es tal vez una contestación —una reacción— a la realidad, a todo cuanto nos envuelve como un ocasional suceso, acaecido en atención al éxito del destino tocado en suerte. Y a propósito del destino, analicemos la situación real en la que nos encontramos, en la que vivimos, sea cual sea la experiencia que nos ha sido deparada (merece la pena hacerlo).

La depravación es un pequeño monstruo que todos llevamos dentro. Nacimos con él; vivimos con él; morimos con él. No depende de una decisión personal; está más allá de la voluntad. La inmaculada fatalidad de existir.

La sexualidad es como una gota de frescor en mitad del desierto. Pero sólo una gota. Nunca nos cura de la sed. Siempre nos mortifica su necesidad. Somos lo que somos bajo la impenitente necesidad del sexo. Si no, morimos. De sed.

La locura es una sensación que nos lleva a otra percepción de la realidad. No es ni mejor ni peor (a no ser que hagamos comparaciones de similares estados o situaciones). Toda sensación de estar loco y su consiguiente admisión comunica directamente con la imperecedera alegría de estar vivo, más allá de todo razonamiento, de toda cordura. Yo creo en el bienestar de la locura más que en el malestar de la cordura. Sobre todo, cuando la realidad no merece la pena.

Me pregunto si ha existido alguna vez una civilización —de letras— equiparable a la francesa. Creo que no. Creo que es un milagro único de la naturaleza. Ojalá nunca estemos obligados a contemplar su cenit, su belleza muerta desparramada, hundida en la tierra desnuda.

¿Hay siempre una explicación? ¿O acaso la pregunta no es sino el resultado de ese trágico silencio, que es la respuesta?

Estaba viendo *Husbands and Wives* de W. Allen, cuando de repente me vino un pensamiento: «Estos putos niños ricos, nunca tienen suficiente».

Miré hacia las cortinas y vi un rostro quieto dibujado en ellas. Luego me di cuenta de que era sólo una sombra caprichosa. Y acto seguido, que realmente era un rostro, que me hacía compañía.

El problema del bienestar es que siempre necesita más bienestar. Y como nunca está satisfecho, da paso al malestar.

La belleza, ¡cómo engaña! Hasta que la belleza abre la boca...

Todo está perdido cuando muere la ilusión; por el contrario, todo está por ganar cuando ésta

aún pervive. Y todavía no ha existido la armada, el estado, capaz de matar la ilusión de un pueblo entero (para eso, hay que cruzar la frontera del genocidio: y quien participe en ello, el día de su muerte, que vista sus mejores medallas, sí, le van a servir de mucho Allá...).

Pero, ¿y toda esta disposición a padecer, es fruto de nuestra cultura y tradición cristianas? Si fuera así, mejor haríamos en deshacernos de ellas cuanto antes.

No es el amor quien mueve el mundo, sino el sexo. Pero, ¿a quién le interesa la realidad? En el sexo se da una transformación del individuo; deja de ser él y pasa a ser sus sensaciones, la sensación de sí mismo. Nada que ver con los sentimientos. Los odiosos sentimientos, siempre ahí, inmiscuyéndose... La emulsión que parte de la caricia y que nos estrella contra la ola de placer. Y luego, esa mullida belleza de los cuerpos, que nos transporta ciegos, despreocupados...

Y se habla y se habla y se habla en nuestros días. ¡Cómo se habla! Es un auténtico *chorreo* de palabras...

Este sentimiento nuestro de vivir siempre en la caverna, temerosos tal vez de contemplar nuestra verdadera imagen reflejada en el río...

Y cómo nos place cuando herimos a la persona amada, y le demostramos nuestra destructiva capacidad de amar humillándola...

Las fantasías eróticas son una excelente solución para *reconducir* y *reciclar* la tensión del día.

Esa sensación de vivir desolado, cuando todas las necesidades básicas de la vida — inherentes al lado físico de la persona— están perfectamente resueltas, no son sino el reflejo de esa otra vida interior que llevamos dentro y que ni aún de forma inconsciente somos capaces de silenciar, ni aún menos de reprimir.

El pensamiento es el alma de la existencia.
Sin el, somos menos que nada.

La certitud que tenemos acerca de nuestros padres y antepasados es tan espectral como la que podamos tener acerca de nosotros mismos. Nuestra existencia es la alegre carcajada de una sombra en mitad de la noche. Y entonces comprendemos que el miedo no nos ha abandonado, a pesar de tener la casa repleta de electrodomésticos.

La soledad que nos rodea es como el collar del perro: sólo se lo puede quitar el amo.

En realidad no podemos huir de nuestra condición de esclavos. Es por eso que yo creo que Dios, si acaso existe, es un fetichista, aficionado a las técnicas sado-masoquistas. Y nosotros, cómo no, su fiel reflejo... Según ello, los sadomasoquistas serían quienes más cerca estarían de la esencia de Dios; y aún más cerca, los mirones con aficiones sadomasoquistas. A fin de cuentas, qué es Dios, si no un mirón...

Sentimos la nostalgia del amante. Y en verdad, lo hemos echado en falta todos estos años... a pesar de su silencio y de su total e irreparable alejamiento. La idea *enfloreceda* — idealizada— del amor nunca muere. Quién sabe...

Quien se deja llevar por la necesidad de las palabras escritas, lo hace del mismo modo en que un herbívoro se afana en su necesidad de hierba (es la misma necesidad; el mismo sentido). Es decir, que la necesidad anímica y física son contrarios que se atraen... hasta la fusión de ambos, que es la muerte de la vida y el nacimiento de la muerte. Al final, resulta que iban a tener razón los anarquistas.

La lucha de clases es como la lucha de las especies: cruel, inevitable e imposible de evitar. Salir vivo es de por sí la mayor victoria.

Y un día, observaremos el ocaso del sol. Y sabremos que es el último de nuestros días. Como un animal salvaje viviremos esos últimos instantes, miraremos por última vez el paisaje. Y sentiremos el orgullo inundarnos por dentro y nuestro corazón estallará de alegría y nos sentiremos felices. Así queremos morir, y así morimos.

Debemos pensar libremente, sin miedo. No debemos hacer de los idiomas una cárcel. Ni olvidarnos que no somos nosotros quienes estamos al servicio del idioma, sino al revés. Los pueblos que viven en más de una lengua deben encontrar un camino para cada una de ellas (por lo general, dos; pues resulta más complicado vivir en más de dos idiomas con la capacidad y seguridad y e/afectividad del idioma materno). Todo es posible decir en todos los idiomas; pero no todos podemos hacerlo igual en todos los idiomas. Aún en dos, hay diferencias. O mejor aún, preferencias. Esa disponibilidad de los idiomas, y esa capacidad de utilizarlos para ámbitos distintos, es la que asegura –y a veces pierde– al pueblo bilingüe.

Y el asesino que ve cómo se apaga su vida. Y la víctima, que ve cómo el asesino contempla cómo se apaga su vida. Y la víctima, que no comprende ahora su rencor. Y el asesino, que no comprende ahora el antiguo rencor de su víctima. Todo lo rasea el misterio de la muerte. Y al final, asesino y víctima son la misma cosa. Los dos, brutales... Y su perplejidad... Y su desesperación trastornada... El final de un cuento para niños un día de invierno.

Nada que decir a la eternidad. Todos los declives comienzan así. Amarrados al silencio. Luego, la realidad es como un globo que se va deshinchando. Tal vez la culpa sea nuestra o tal vez no lo sea. La inspiración se asemeja a la fatalidad: nunca está, del todo al menos, en manos de uno mismo. Viene y se va. O viene y no se va. O no viene.

Qué risa. Es estúpida esta pasión por la escritura...

El amor es terriblemente profundo, visto desde el interior; y estúpidamente superficial, visto desde fuera.

El viaje de la vida comienza cuando somos capaces de transmitir a los otros el estupor que el viaje nos produce; hasta entonces, el viaje no había sido más que la sensación de estar viajando, cómodamente situados en nuestro vagón de 1ª, 2ª o 3ª clase.

La vejez nos produce la misma sensación que la muerte o la enfermedad: sólo puede sucederle a los demás, pero nunca a nosotros mismos. Esa seguridad es la mayor protección con la que la naturaleza nos ha investido, haciendo incluso innecesaria la opción del suicidio.

Europa... la decrepita Europa. Cómo nos escupe a la cara su historia repleta de traiciones, matanzas y falsas religiones. Creo que el supuesto orgullo de ser europeo no tiene más valor que el que puedan tener unas acciones de bolsa sujetas a los vaivenes propios de su índole bursátil.

Las relaciones humanas nos ensucian por dentro; la soledad también. Estamos atrapados.

La expresión vidriosa del recién nacido nos conmueve por su sinceridad, similar al movimiento tácito de los ciegos. "Nosotros somos los culpables" pensamos. Y miramos con amor y odio al pequeño ser llegado para hacernos sufrir un poco más (como si no tuviéramos ya bastante).

El único pensamiento que merece la pena es el intelectual. El resto, sólo es ruido, rutina de pensamiento.

Cuando perdemos cuatro líneas que habíamos escrito, nos sentimos hundidos del todo (siempre esclavos de nuestra vanidad, y sobre todo, de nuestra inmortal insignificancia).

Y por fin los europeos llegaron a las Américas, y allí dieron rienda suelta a lo que realmente entendían por cristianismo, amor y fraternidad. Es el resultado del catolicismo institucionalizado: la perversión del alma; o aún peor, la perversión de la dignidad humana y del amor (solidaridad) hacia el prójimo. No hace falta contar el resultado.

Nosotros, los humanos, somos una auténtica máquina de ideas. No podemos parar. El pensamiento funciona al margen de nosotros. Es automático, independiente, "auto". Es la mayor expresión de la belleza humana. Pero como casi nunca se le llega a ver, es por eso que se aprecia tan poco.

Hay actos criminales capaces de sobrecogernos. Sin embargo, siempre hay alguien dispuesto a perdonar... Aunque sólo sea a uno mismo (la caritativa *conciencia* del criminal).

Hay *filósofos* convertidos en auténticas comadronas de los «ecos de sociedad». Y es que la universidad, no lo es todo (incluso con frecuencia, es más *nada* que *todo*).

El clímax existe mientras lo deseamos. Una vez alcanzado, pasa a formar parte de la vileza. Tal vez el único camino sea desear eternamente, sin conseguirlo jamás. Supongo que en eso consiste la «idealización del objeto», sea cual sea éste.

«*Yo no he destruido la vida de nadie; sólo he destruido la mía*», comentaba feliz un infeliz. Porque la vida en soledad comporta la destrucción de uno mismo; mientras que la vida en sociedad, comporta la destrucción de los demás. Es por eso que adoramos y al mismo tiempo odiamos el orden familiar (hay otros asuntos que se quedan en el aire,

más complejos tal vez; o simplemente, más difíciles de admitir).

Aquí, en medio de la nada, lo he hallado todo.

Adoro esta forma sorpresiva de poesía. No parece siquiera que lo es, enmascarada con su disfraz de prosa...

Todo aquello que deseamos comunicar forma parte de la mercadería de las ideas. Es un viejo mercadillo, con largos siglos de antigüedad, y que siempre ha tenido ese aspecto destartado y de estar en las últimas. Cosa, que, por otro lado, le favorece.

¿Cuántas veces al decir no decimos sí, y viceversa? No es el mundo al revés; sino más bien el revés de lo que el mundo es —o dicen que es.

La masturbación mental es tan orgásmica como la física; sólo que se mantiene erguida mucho más tiempo.

¡Qué feliz soy, sintiéndome dueño de mi pensamiento! «*And a bottle of run!!!*», gritaron mis compañeros, ebrios (como siempre).

Somos el pensamiento olvidado de Dios. De ahí esa antigua sensación de vivir en una caverna. Y la filosofía no es más que el recuerdo inconsciente que de nosotros guarda el Creador (o la Creadora, ¡quién sabe!).

A veces no sé quién es más desgraciado, el hombre preso o el hombre libre.

Lo más importante es el tiempo; ésa es la verdadera causa de nuestras desesperaciones. El tiempo que nos destruye...

La impresión de lo que somos es tan intensa como el deseo de lo que quisiéramos ser. Engañarse así mismo tiene sus límites...

Somos el sueño hecho realidad: el avión que surca la nube.

Y si la tierra nos llama, ¿qué podemos hacer sino seguir a la llamada?

La música es el alimento del espíritu, así como la lectura lo es de la mente.

El ingenio es la característica humana que nos ha llevado hasta aquí («*prácticamente a ningún sitio*», dirás; sí, pero... no).

Creo que tengo algún agujero por el que se me cuele mi voz interior; es una sensación extraña, sentir esa abertura por la que el pensamiento, en alas de la voz, se desparrama. Como un goteo terco e imparable.

Tenemos miedo de lo que nos aguarda. Es normal; es inevitable.

Me gusta mirar a mi alrededor con la percepción del cine. Lo importante no es lo que ves, sino la manera en que lo ves. *Mirada del escritor* también lo llaman; aunque yo prefiero llamarlo mirada de lo humano. Es cuando llegamos al alma de las cosas; el cubismo, el surrealismo, el arte abstracto... no son más que el resultado de la transformación de la mirada, o mejor, del descubrimientos de nuevas formas de mirar a los objetos. Y nosotros mismos convertidos en objetos de nosotros mismos. Es la cosificación del ser humano; no por alienación, sino por asunción de la realidad que no es sino la transformación de la fantasía, producto de nuestra inteligencia.

Y luego... ¿qué? Es la fatal pregunta que llevamos haciéndonos miles de años. El mismo pavor; la misma indiferencia. Como si la llevásemos cosida a la piel.

El pensamiento que arranca y recorre miles de kilómetros hasta alcanzar la meta no está a la mano de todos los mortales. Y yo no soy, en ese sentido y por desgracia, una excepción. Si lo fuera, sería realmente inmortal. En un sentido clásico. Pero conformémonos con esa rápida reverberación que por un instante nos vuelve ciegos.

El barco que rompe las olas y atraviesa los mares deja una estela que rápidamente desaparece. Nuestro destino es igual. Nos obstinamos en perdurar. Y la derrota nos duele. Como al artista le duele su escasez... pero sin dejar nunca de renunciar a la belleza. Este estúpido heroísmo siempre... patético... inevitable.

La muerte expande sus alas negras como su figura entera. Escuchamos el batir de las alas; nos protegemos el rostro con el brazo. Es inútil. Ya nos ha hecho su presa. Estamos muertos.

Cada persona tiene su muerte que la acecha desde una atalaya. Y entonces, alguien da la orden y la espantosa figura levanta el vuelo y se lanza decidida hacia su presa. Y nada ni nadie puede ya

detenerla. Es como decir a una bala ya partida:
¡regresa!

Tenemos un horario, para trabajar y para vivir. La vida es un inmenso reloj, en el que estamos atrapados. Luchando frenéticamente para que las agujas del reloj no nos aplasten en su incesante movimiento.

Llevamos dentro una voz que de cuando en cuando nos hace siempre la misma pregunta: *¿Por qué te has olvidado de vivir? ¿Pero, acaso, alguna vez vivimos?*, respondemos. Hay, realmente, aspectos transcendentales que son el fruto de la casualidad. Éste es uno de ellos.

De entre todas las faltas, la del mal gusto es la más grave (esto sí que no necesita explicación).

Cuando no pensamos en nada y nuestra mente resta vacía, podemos saber qué siente un árbol. Aún así, estamos lejos de ser piedra.

Las altas expectativas están bien para los empresarios sin escrúpulos (esta receta no vale para los empresarios con escrúpulos, claro está). Pero nosotros, las personas sin grandes ambiciones económicas, estamos demasiado ocupados tratando de seguir el camino que se pierde en el lodo y la niebla de nuestro razonablemente quimérico existir.

Escuchamos siempre esos pasos en mitad de la noche; no son nuestros pasos ni los de nadie que viva bajo nuestro mismo techo ni tampoco lo son de los vecinos. Los pasos suenan dentro de nuestra casa, de nuestra vivienda, van de un lado a otro y rezamos para que no nos escuchen, sepan que estamos ahí y se detengan.

Si todas las líneas que he escrito a lo largo de mi vida hubieran tenido la intensidad del párrafo anterior...

El joven se lanza al agua desde el barco en llamas y queda sólo en el mar a merced de las olas. No tiene salvavidas ni hay rastro de otros buques en los alrededores. Sabe que su muerte es inminente y contempla los últimos momentos de la

vida que le envuelve. Luego, desaparece para siempre.

«¿Pero por qué, por qué a mí?» es la pregunta que siempre nos hacemos cuando la fatalidad o la dicha se ceban con nosotros.

Quiero forzar el pensamiento, violarlo, sacarlo impúdicamente de mí y luego abandonarlo allá, como un tronco arrojado en la playa por la marea.

¿Y por qué tenemos que sacar a la luz la verdad, cuando en realidad todo lo que deseamos hacer es ocultarla?

Luchamos para nada; luchamos *para* todo.

El glamour de los días perdidos de la juventud ya traspasada y deshecha, como un bello árbol putrefacto herido por el rayo hace décadas.

¿Qué nos hace bien? ¿qué nos hace mal? «*Todo*», respondió alegremente un ruiseñor (aunque igual era una ardilla...; es tal mi desconocimiento de las ciencias naturales...).

Venid, venid... recordatorios de nuestras mejores sensaciones... Venid y no partáis jamás...

«¡Oh, el amor duele! ¡cómo duele el amor!» lloraba un futbolista mientras se agarraba los genitales luego de recibir un impresionante balonazo.

¡Sensaciones que nos rodeáis y que nos hacéis tan humanos! A veces alegremente me desprendería de mi pensamiento para quedarme a solas con las sensaciones (madre de todos los vicios, como todo el mundo sabe... Lástima).

Un poco de cinismo nos hace más bellos. Al menos, por fuera.

A veces, continuar o no es una decisión igualmente estúpida y odiosa. Es el mismo tedio; es la misma indiferencia. Cuando nos desborda.

El oasis que tanto ansiamos tenía un nombre: pensamiento. Y cuando bebemos de él, nuestra salvación se hace realidad.

Escribir es una profesión. Requiere por tanto de un horario, de una disciplina y de una indisciplina.

La espuma de la vida es el cosquilleo que nos produce el buen resultado de nuestras decisiones.

Divagar es lo único que podemos hacer a lo largo de todo el camino, de principio a final.

Ese carácter meditabundo que adquirimos es sólo la apariencia histriónica que nos ha aportado nuestra pasión por las ropas de marca.

Podríamos entregarnos a la bohemia, sí... El problema es que ya no vivimos solos en un cuarto para solteros. Pero la tentación es tan grande...

Aguardamos callados, en silencio, el paso del pensamiento más imperceptible... No se trata de atrapar ideas, sino de transportarlas. Y no es necesario tampoco que se trate de *grandes ideas*. A veces, basta con lo necesario... y con la intencionalidad. A fin de cuentas, siempre resulta agradable entregarse a la búsqueda de los resortes humanos.

En lo más recóndito, aguarda la respuesta. Un lugar al que sólo se llega con la nave de Star Trek y el ordenador loco de Odisea 2001. Es un viaje largo y lleno de aventuras...

La filosofía, no importa su empaque o condición, forma parte del devenir humano. Destruída la humanidad, sólo queda el testimonio filosófico.

Juego con las palabras con la misma intencionalidad del bertsolari: me aferro a una de ellas y a partir de ahí *tiro de la manta*, rompiendo así con la jurisprudencia de los términos (rebasándola, incluso). Es un buen ejercicio, casi tan bueno como pedalear todos los días una hora en la bicicleta estática (así de estático es pensar).

La decrepitud de las ideas resulta tan horrible como la decrepitud de la carne. Aunque aquellas aguantan mejor el paso del tiempo. ¿O tal vez no...?

Enlazar las ideas y enmarañar el pensamiento. ¿Hay algo más bello e inútil?

Esta dulce sensación de estar borracho de palabras... No la cambiaría por nada.

Todo es una terrible pérdida de tiempo.
Incluidas las prisas.

La fantasía es la realidad travestida. Y el
ridículo ronda...

Sentimos la necesidad de sacar el cómputo
de todas las cosas que hemos ido haciendo durante
la vida, como si al final tuviéramos que
enfrentarnos a una auditoría del bien y del mal, de
lo provechoso y de lo perjudicial, de lo correcto y
de lo incorrecto. Vivimos y morimos con ese
sentimiento infantil... que nos salva y nos pierde.

Ésta risible sensación de haberlo dicho todo,
cuando se nos *gasta la cinta* o el cansancio nos
obliga a tomarnos un respiro...

Frases mutiladas, palabras cercenadas, giros
lingüísticos ahorcados, construcciones sintácticas
disminuidas, verbos absortos, frescura formal,
parsimonia prosística, vocablos enternecidos,

sintagmas glorificados, construcciones opresoras y/u oprimidas, términos despechados —imprecisos, gigantescos, macizos y gibosos—, palabras endulzadas, arrebatos gramaticales todos: ¡cuánto se os ha amado!

El problema soy yo, no los otros. Para bien y para mal.

No es bueno mantener el recipiente de la libido demasiado lleno; de vez en cuando, es preciso verter el contenido. Ya se volverá a llenar de nuevo...

A veces, hay que desatascar el desagüe por el que circulan las ideas.

No tener nunca razón es una de las mejores maneras de estar siempre en lo cierto. No lo digo yo, lo dice la experiencia...

El reencuentro de las ideas, imprecisas como un cuento de hadas ya olvidado, que nos reclaman la conciencia de las cosas reales, la perfección de la imperfección y todas esas pequeñas maravillas que nos atraviesan de parte a parte, como si el espíritu fuera una materia gruesa, palpable e incluso grasienta (y supongo que lo es, porque hasta las ideas necesitan lubricante).

No necesito nada, porque todo necesito (todas las grandes verdades son como grandes mentiras —ni mejores ni peores—, igual de elásticas).

La incultura... ¡Si pudiéramos volver a ella!

Siempre guardo mi pensamiento para el pueblo vasco (único objeto de culto que poseo, arrojado a mi paganismo).

Podemos hacernos morir de amor; pero no podemos hacernos morir de hambre (la misma anorexia no es sino una forma malsana de amar —o de no amarse—).

Cuando llamo la atención de los demás, lo hago para darme cuenta de que aún estoy ahí, más que por narcisismo. O tal vez, por despiste.

Somos los salvajes que mueren a manos de la piedad cristiana, en una isla recién descubierta del Pacífico...(cómo odian nuestros descubridores el descubrimiento en sí; qué terror les infunde corroborar la diferencia, la pluralidad natural y cultural).

«Ahora que voy a morir, es cuando comienzo a vivir», dijo el moribundo poco antes de exhalar el último suspiro. Y la esperanza, el temor, la duda y la incredulidad se dibujaron y desdibujaron al mismo tiempo en el rostro de los allegados.